

Lecturas revisionistas sobre la presidencia de Roberto M. Ortiz:

reflexiones en torno a José Luis Torres,

Ernesto Palacio, y José María Rosa

IGNACIO A. LÓPEZ¹

Resumen

En este artículo buscamos reseñar los principales aportes historiográficos que tres autores revisionistas (José Luis Torres, Ernesto Palacio y José María Rosa) hicieron sobre la presidencia de Roberto M. Ortiz (1938-1942). Intentamos analizar algunas de sus obras principales, y determinar de qué manera han construido el relato histórico sobre este período determinado.

La presidencia de Roberto M. Ortiz (1938-1942) nos ofrece un caso interesante para explorar en qué medida el vínculo existente entre historia y política del que parten los tres autores –pese a las diferencias notorias entre la producción de cada uno de ellos– fue determinante para la eva-

1 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Universidad Torcuato Di Tella (UTDT) – Universidad Católica Argentina (UCA).

luación historiográfica que presentan sobre la figura de Ortiz y su proyecto de apertura electoral en la Argentina de fines de los años treinta.

Palabras claves

Argentina – Historiografía – Revisionismo histórico – Roberto M. Ortiz.

Abstract

In this article we review the main historiographical contributions of three revisionist authors (José Luis Torres, Ernesto Palacio and José María Rosa) on the presidential administration of Robert M. Ortiz (1938-1942). We try to analyze some of their major works, and determine how they have written about this historical period.

The presidency of Roberto M. Ortiz (1938-1942) offers an interesting case to explore the link between history and politics in these three authors –despite the remarkable differences in their historical productions– which was crucial for the historiographical evaluation of Ortiz’s figure and of his electoral opening program in Argentina in the late thirties.

Key words

Thirties – Historiography – Revisionism - Roberto M. Ortiz.

Introducción²

El periodista José Luis Torres acusaba en su libro *Algunas maneras de vender la Patria* –editado por primera vez en 1940– al entonces presidente de la República, Roberto M. Ortiz, de estar ligado estrechamente al consorcio del empresario Otto Bemberg, a quien

² Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política, “La Ciencia Política desde el Sur”, Asociación Uruguaya de Ciencia Política, 14-16 de noviembre de 2012. Agradezco los comentarios y sugerencias que hicieron a distintas versiones de este artículo Miranda Lida, Elena Piñeiro, Luis Leandro Schenoni e Ignacio Mamone.

responsabilizaba de grandes estafas al estado de la provincia de Buenos Aires durante los tiempos de Manuel Fresco, además de otros importantes fraudes al Estado Nacional. Las críticas vertidas por el polemista no ahorran adjetivaciones peyorativas hacia las principales figuras públicas de la época: el ex presidente Agustín P. Justo, los ministros de Hacienda, Federico Pinedo y Pedro Groppo, y a un sinnúmero de burócratas y empresarios. Todos eran señalados en sus páginas como agentes de un plan preconcebido para la liquidación de la “patria” y tildados de “ladrones e individuos sin escrúpulos”.³ La obra, destinada a denunciar los principales escándalos de la época, también exhortaba a “volver a los valores morales de valor eterno” a fin de aguardar la “refundación” del sistema democrático, luego de un período oscuro en la historia nacional.⁴

Mientras Torres escribía esas páginas desbordantes de denuncias, el país estaba inmerso en un inquietante escándalo sobre las ventas de tierras de El Palomar, que el mismo periodista se había encargado de denunciar ante el senador Benjamín Villafañe.⁵ Durante agosto de ese año, el presidente Ortiz, ya en licencia a partir de julio, presentó su renuncia ante lo que consideró un ataque a su integridad personal y en clara solidaridad con su ministro de Guerra, el general Carlos Márquez. Ambos —el presidente y el ministro— fueron claves en el proyecto de saneamiento institucional que encaró el Poder Ejecutivo Nacional con el objeto de normalizar las prácticas electorales durante esos años, y es de suponer que el impacto mediático que tuvo la cobertura de ese escándalo haya tenido que ver con la insatisfacción por los resultados obtenidos

3 JOSÉ LUIS TORRES, *Algunas maneras de vender la Patria*, Buenos Aires, s/d, 1940 (Buenos Aires, Freeland, 1973), p. 7.

4 *Ibidem*, p. 8.

5 Escándalo que azotó a la administración de Ortiz cuando éste ya estaba entrado en licencia. Se basó en las denuncias en torno al sobreprecio y simultaneidad jurídica de una operación de venta de tierras para el Ministerio de Guerra. Véase un análisis detallado del escándalo en HORACIO SCHILLIZZI MORENO, *Argentina contemporánea. Fraude y entrega, 1930-1943*, Buenos Aires, Colección Esquemas políticos, Editorial Plus Ultra, 1973, tomo II, pp. 228 y ss.

por dicho plan de democratización entre los principales miembros conservadores de la coalición oficialista.⁶

Algunos autores usualmente asociados a la corriente revisionista fueron los primeros en abordar el período histórico denominado “década infame” –epíteto sentenciado por el mismo Torres–; y en el marco de la construcción de un determinado relato histórico, analizaron la política durante aquellos años. Es por ello que en este ensayo buscamos reseñar cómo determinados autores denominados “revisionistas” presentaron en sus escritos más importantes las impresiones sobre la presidencia de Roberto M. Ortiz (1938-1942) en el marco de una década en la que las características principalmente destacadas en sus obras fueron la corrupción gubernamental y el fraude electoral.

Abordaremos el retrato que tres autores a los que adscribimos en esta corriente historiográfica –José Luis Torres, Ernesto Palacio y José María Rosa– presentaron sobre el presidente Ortiz a fin de reflexionar sobre algunas ideas centrales de la estructura argumentativa que utilizan en general para analizar el sistema político de los años treinta. Nos centraremos en *Algunas maneras de vender la Patria* (1940), *Los perduellis. Los enemigos internos de la Patria* (1943), *La década infame 1930-1940* (1944) y *La oligarquía maléfica* (1953) de José Luis Torres; en *La Historia Falsificada* (1939) e *Historia de la Argentina, 1515-1943* (1954) de Ernesto Palacio; y finalmente, *Historia Argentina* (1985) de José María Rosa.

Es importante resaltar que si bien los tres autores presentan una producción desigual –cuantitativa y cualitativamente diferenciada– y escriben en contextos diferentes, creemos que es posible extraer puntos de contacto entre ellos sobre el modo en el tratamiento del tema, y en los lineamientos principales de su núcleo argumentativo. En este sentido, la experiencia política de Ortiz –orientada al saneamiento de las prácticas

6 Es importante observar la actividad de los conservadores en el Senado de la Nación mediante la creación de la Comisión Investigadora sobre las ventas de tierras de El Palomar (mayo 1940) y la que tuvo por objeto el análisis sobre el estado de salud del presidente (febrero de 1941). Véase COMISIÓN DE HOMENAJE, *El presidente Ortiz y el Senado de la Nación*, Buenos Aires, Buenos Aires Herald, 1941.

electorales y con un claro sentido aperturista en materia política— ofrece un ejercicio interesante para indagar algunos conceptos claves que estos autores entrelazan al momento de entender el sistema político de los años treinta.

*Fraude y corrupción: imágenes del revisionismo
sobre el sistema político de los años treinta*

El período histórico comprendido entre el golpe militar de 1930 y el de 1943, ha recibido diversas denominaciones por parte de los principales autores de las diferentes corrientes historiográficas que se detuvieron en el análisis de aquellos años: “década infame”,⁷ “república conservadora”,⁸ “restauración conservadora”,⁹ “república imposible”.¹⁰

Surgida al calor de aquellos acontecimientos, y deudora de inspiraciones ideológicas europeas, como el nacionalismo francés, la historiografía *revisionista* es la primera en abordar e interpretar la política durante esos años.¹¹ En este sentido, el trabajo de Julio y Rodolfo Irazusta *La Argentina y el imperialismo británico* (1934) fue una obra fundacional para este tipo de aproximaciones y premisas sobre el sistema político al cual objetaban y denunciaban, y en el que la dimensión económica primaba por sobre otro tipo de análisis más complejos.

A su vez, como han advertido Fernando Devoto y Nora Pagano esta corriente historiográfica también significó una “paralela impugnación

7 Véase JOSÉ LUIS TORRES, *La década infame 1930-1940*, Buenos Aires, s/e, 1944 (Buenos Aires, Freeland, 1973).

8 JOSÉ LUIS ROMERO, *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 1965.

9 CARLOS FLORIA y CÉSAR GARCÍA BELSUNCE, *Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1988.

10 TULLIO HALPERÍN DONGHI, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004.

11 Véase TULLIO HALPERÍN DONGHI, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; y *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

al orden político presente y a las imágenes del pasado predominantes por entonces” a las que se consideraban como liberales u oficiales.¹² Por ello, es clave para comprender a muchos autores revisionistas la estrecha combinación en sus escritos de una dimensión política y otra historiográfica, que buscó combinar “un retrato del presente y otro del pasado”,¹³ con finalidad netamente política.

Así escritores como Ricardo Font Ezcurra, Ernesto Palacio, Manuel Gálvez, Raúl Scalabrini Ortiz, José María Rosa, Vicente Sierra, entre otros, consolidaron su producción literaria e histórica hacia finales de los años treinta y principios de los cuarenta poniendo en primer plano el análisis de la historia nacional –en particular el legado de Juan Manuel de Rosas– en sus principales círculos de sociabilidad.¹⁴ Sus posiciones en Universidades nacionales y reparticiones estatales, en mayor o menor medida, luego se vieron consolidadas a partir del golpe militar de 1943.¹⁵ Algunos autores, como Ernesto Palacio y José María Rosa, posteriormente abrevaron al peronismo ocupando algunos cargos públicos y académicos de importancia, aunque las relaciones con el movimiento fueron no tan simples –como ha analizado Alejandro Cattaruzza– dada la diversidad de posturas que muchos nacionalistas tomaron frente al liderazgo de Juan Domingo Perón.¹⁶

La renovación historiográfica a partir de los años sesenta, trajo consigo nuevas miradas sobre el sistema político de los 30; y puntualmente, las obras de Alfredo Galletti,¹⁷ Alberto Ciria¹⁸ y Tulio Halperín

12 FERNANDO DEVOTO y NORA PAGANO, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 202.

13 *Ibidem*.

14 La principal institución que nucleaba a muchos intelectuales fue el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas fundado en 1938.

15 DEVOTO y PAGANO, *Historia de la...*, pp. 265 y ss.

16 Véase ALEJANDRO CATTARUZZA, “El revisionismo: itinerario de cuatro décadas”, en ALEJANDRO CATTARUZZA y ALEJANDRO EUJANIAN, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

17 ALFREDO GALLETTI, *La realidad argentina en el siglo XX. La política y los partidos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1961.

18 ALBERTO CIRIA, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*, Buenos

Donghi¹⁹ fueron centrales para entender la dinámica política a través de un enfoque más completo sobre los actores e ideas del período analizado.

A partir de esos años se consolidó así un consenso historiográfico –cristalizado en la obra de Félix Luna (*Ortiz: Reportaje a la Argentina opulenta*, 1979)– que le otorgó a la presidencia de Roberto M. Ortiz (1938-1942) un papel aperturista en materia institucional dentro del gran cuadro de los gobiernos del treinta y principios de los cuarenta. Así autores como Alberto Ciria,²⁰ Tulio Halperín Donghi,²¹ José Luis Romero,²² Robert Potash,²³ Félix Luna,²⁴ Alan Rouquié,²⁵ Juan Carlos Torre,²⁶ Darío Macor,²⁷ María Dolores Béjar²⁸ y Luciano di Privitellio,²⁹

Aires, Jorge Álvarez Editor, 1964.

19 TULIO HALPERÍN DONGHI, *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Editorial Arca, 1964.

20 CIRIA, *Partidos y poder...*

21 TULIO HALPERÍN DONGHI, *La Argentina en el callejón... cit.*; y *La república imposible... cit.*

22 JOSÉ LUIS ROMERO, *Breve historia de la Argentina... cit.*

23 ROBERT POTASH, *El ejército y la política en la Argentina: 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

24 FÉLIX LUNA, *Ortiz: Reportaje a la Argentina opulenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

25 ALAN ROUQUIÉ, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981.

26 “La crisis argentina de principios de los años cuarenta y sus alternativas. El peronismo y los otros” (Apéndice) en *La Vieja Guardia Sindical y Perón*, Buenos Aires, Eduntref, 2006.

27 DARÍO MACOR, “Partidos, coaliciones y sistema de poder”, en ALEJANDRO CATTARUZZA (Dir), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre policia (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VII, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

28 MARÍA DOLORES BÉJAR, “La construcción del fraude y los partidos políticos en la Argentina de los años treinta”, *Cuadernos del CISH*, N. 15-16, 2004, pp. 65-97; y *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

29 LUCIANO DI PRIVITELLIO, “La política bajo el signo de la crisis”, en ALEJANDRO CATTARUZZA (Dir), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre policia (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VII, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001; y “El imperio de la voluntad popular: el fraude y el estudio de las elecciones en la primera

entre otros, coincidieron e indagaron sobre el proyecto de apertura electoral que encaró el presidente en esos años de fuerte crisis de legitimidad del sistema político.

Las líneas centrales de este consenso, indicaron que Ortiz –que fue electo presidente en septiembre de 1937 mediante un proceso electoral acusado de fraudulento por los principales partidos opositores y los medios de prensa– encaró una vez en el poder un proyecto de apertura dentro de los parámetros de la ley Sáenz Peña y la ampliación política de 1912, con el objeto de terminar con el fraude electoral imperante y garantizar la expresión genuina de la voluntad popular. En este sentido, las intervenciones federales probaron ser una herramienta privilegiada que tuvo el Poder Ejecutivo para controlar ciertas situaciones provinciales y quebrar las alianzas políticas cuyo sustento estaba vinculado a las prácticas fraudulentas: San Juan, 1938; Santiago del Estero, 1939; Catamarca y Buenos Aires, 1940.³⁰

Es por ello, que analizaremos seguidamente cómo algunos autores del revisionismo histórico –concretamente José Luis Torres, Ernesto Palacio y José María Rosa– trabajaron en su producción historiográfica el proyecto de apertura electoral de Ortiz, y en qué medida la dinámica política en que se vio envuelta esta presidencia estuvo subsumida por consideraciones de los autores más amplias sobre la legitimidad del sistema político surgido a partir de la normalización institucional de 1932.

José Luis Torres: Ortiz, el presidente ausente

Uno de los primeros autores y polemistas a los que podríamos definir como “revisionistas” fue el periodista José Luis Torres quien en

mitad del siglo XX” en *La Fundación Cultural. Ágora, Espacio de Historia y Ciencias Sociales*, N°38, Fundación Cultural Santiago del Estero, 2009

30 Véase a modo exploratorio sobre el programa democrático de Ortiz: IGNACIO A. LÓPEZ, “El desmantelamiento del fraude patriótico: las intervenciones federales durante la presidencia de Roberto M. Ortiz (1938-1940), *Anuario del Centro de Estudios Histórico “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, Córdoba, año 11, nro. 11, 2011.

su seguidilla de publicaciones denunció con extensa documentación y sonada vehemencia los escándalos de corrupción durante los gobiernos del treinta. Este fue el objetivo de sus obras: *Algunas maneras de vender la Patria* (1940), *Los perduellis. Los enemigos internos de la Patria* (1943), el clásico *La década infame 1930-1940* (1944), *Seis años después* (1949) y *La oligarquía maléfica* (1953).

En sus escritos, Torres partía de la suposición de que el sistema político surgido a partir de la restauración de 1932 era funcional a la “plutocracia internacional” y aludía a la clase política del treinta como la de “opulentos y funcionarios entregados a la tarea premiosa de acumular caudales”. Por ello, el sistema permitía “la conquista de las altas situaciones electivas por hombres desposeídos de promisoras inquietudes políticas y sociales y acuciados en cambio por notorias ansiedades de índole económica”. Estos dirigentes, continuaba, en función de “estadistas”, buscaban lograr una estrecha vinculación con los privilegios de la fortuna, al mismo tiempo que procuraban alejarse “cada vez más de los humildes”.³¹

El foco de sus denuncias estuvo centrado en algunas figuras y actores claves del período, como Agustín P. Justo, presidente durante 1932 y 1938; Marcelo T. Alvear, líder del radicalismo opositor –y a quien vinculaba al negociado de C.H.A.D.E.–; al consorcio Bemberg, importante grupo empresario de la época; y a los ministros de Hacienda, Federico Pinedo –blanco predilecto de las denuncias– y Pedro Groppo.³²

Su carácter de polemista y sus abiertas simpatías hacia la revolución del 43, tiñeron sus obras de una finalidad política clara. Cercano al último presidente conservador, Ramón Castillo, a quien definió como “un hombre capaz de una reacción enérgica en contra del maleficio político que lo envolvía”, no lo fue tanto a Agustín Justo, a quien bautizó “el presidente crápula por definición”.³³ El golpe de 1943 fue para Torres

31 JOSÉ LUIS TORRES, *Algunas maneras de vender la Patria...*, p. 12.

32 JOSÉ LUIS TORRES, *La oligarquía maléfica*, Buenos Aires, Freeland, 1953 (Buenos Aires, Freeland, 2da. Edición, 1973), p. 8.

33 *Ibidem*, p. 74.

un “movimiento de restauración argentinista”,³⁴ por lo que advertía en *Cabildo* (29/03/1944), tiempo después, que este fue el resultado “de una labor de sacrificio realizada con amor indiscutible hacia la Patria y su pueblo, por un conjunto de ciudadanos ante el tristísimo espectáculo del país convertido en una serie por traficantes de todas las razas, y por servidores venales de todos los traficantes”. Según el periodista, “las fuerzas armadas de la Nación son el pueblo en armas y necesariamente repercuten en sus filas las palpitaciones del alma popular [...] los pueblos se sirven para mejorar sus destinos de los hombres capaces de jugarse en defensa de la verdad escarnecida, de la virtud en peligro, y de la Patria traicionada”.³⁵ En este sentido, su fe en el gobierno fuerte era notoria, ya que según su opinión el “ejército argentino, con las armas en la mano, salvará a la Nación en peligro, porque no puede fusilarla por la espalda. Suponerlo, es ya una incalificable blasfemia”.³⁶ Sin embargo, el devenir de la revolución lo desencantó rápidamente, considerando incluso que no pudo lograr su cometido histórico: “Se ha garantizado la impunidad para los culpables que se ufanan una vez más del triunfo transitorio de su interés menguado”; y señalaba que “el país ha caído como una hoja marchita en el vórtice de los intereses de las grandes plutocracias internacionales” ante la presencia de otros “corruptos” en el gobierno militar.³⁷

Quizás por esta filiación política clara, las únicas menciones al presidente Ortiz se dieron en referencia al caso del Palomar y a la supuesta participación en dicho negociado de su ministro de Guerra, el general Carlos Márquez, pilar en la estrategia de normalización política presidencial.³⁸ El proyecto democratizador de Ortiz y su política de saneamiento electoral estuvo ausente en sus páginas.³⁹ Las referencias al

34 JOSÉ LUIS TORRES, *Los perduellis. Los enemigos internos de la Patria*, Buenos Aires, Editorial Padilla & Contreras, 1943 (Buenos Aires, Freeland, 1973), p. 3.

35 JOSÉ LUIS TORRES, *La década infame 1930-1940...*, p. 118.

36 Ibidem, p. 123.

37 Ibidem, p. 218 y 219.

38 JOSÉ LUIS TORRES, *Algunas maneras de vender la Patria...*, pp. 69 y ss.

39 Según Halperín Donghi es un patrón común en el revisionismo “abominar la política de Ortiz y apoyar *-faute de mieux-* la de Castillo”. Véase TULIO HALPERÍN DONGHI, *El*

presidente Ortiz estaban ligadas a las vinculaciones que el mandatario tuvo con el consorcio Bemberg –por entonces un grupo empresario con múltiples inversiones en Argentina en rubros como el telefónico, bancario, minero, etc.–. Según Torres, Otto Sebastián Bemberg, fundador de la riqueza familiar, fue el gran “envilecedor de la vida pública argentina y el sobornador más constante de sus hombres públicos, pues ha llegado a sobornar a partidos políticos enteros, en la persona de sus dirigentes”.⁴⁰

Probablemente su principal aporte al estudio del período presidencial de Ortiz haya sido las denuncias ya apuntadas y su aguda investigación sobre el escándalo de El Palomar vertidas en *Algunas maneras de vender la patria* en su capítulo IV. Allí vinculaba nuevamente a Ortiz al grupo Bemberg y se jactaba de haber sido el denunciante de la operación ilícita que, por otro lado, venía de los tiempos de Justo. Señalaba que el presidente de la Nación en ese momento se había convertido en un hombre-símbolo de la llamada “bandera democrática” y que la política de Ortiz buscaba facilitar a los radicales el retorno al poder y “al dominio del presupuesto”.⁴¹

Su carácter polemista no disminuyó en la obra *Seis años después*, publicada en 1949 en el contexto de reforma constitucional que promovía el peronismo. Allí volvía a enfatizar que el régimen de los treinta se caracterizaba por el olvido permanente de las necesidades populares “y por la docilidad de sus dirigentes a las directivas foráneas”.⁴² Pese a manifestarse “apartidario” y reafirmar su carácter de independiente frente a la revolución peronista, no dudaba en caracterizar a ese tiempo actual como la “aurora” frente a la “noche” que habían sido los gobiernos de la Concordancia.⁴³

revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional..., p. 26.

40 JOSÉ LUIS TORRES, *Los perduellis. Los enemigos internos de la Patria...*, p. 91.

41 JOSÉ LUIS TORRES, *Algunas maneras de vender la patria...*, p. 71.

42 JOSÉ LUIS TORRES, *Seis años después*, Buenos Aires, Centro Antiperduélico Argentino, 1949, p. 17.

43 *Ibidem*, p. 47 y 48.

Aunque quizás como señaló Carlos Segreti, el periodista no denostó a toda la década en todas sus manifestaciones o dimensiones o a la generalidad de los acontecimientos, sino que llamó la atención sobre la continuación o reaparición de personas que actuaron en dicha época a partir del golpe militar de 1943, del cual él se sentía atraído.⁴⁴

Ernesto Palacio: Ortiz, ese “hábil” político

Ernesto Palacio fue uno de los primeros intelectuales del revisionismo que desde su adscripción nacionalista –y luego peronista– rescató en mayor o menor medida el proyecto de democratización de Ortiz.

Portador de una importante trayectoria en círculos intelectuales como *Martín Fierro*, durante los años 20, en la década posterior participó en la etapa inicial de la revista *Criterio*, y luego en la recién creada publicación *La Nueva República*, siempre dentro de la corriente nacionalista. Años después colaboró en la revista *Sur*, de Victoria Ocampo, hasta que en 1940 dirigió su propia publicación llamada *Nuevo Orden*, al tiempo en que pasaba ideológicamente de un nacionalismo reaccionario a otro de tipo romántico o “populista”.⁴⁵

Luego de *Catilina*, editado por primera vez en 1935, ambientado en la conjuración del general romano durante el siglo I a.C., y con claras referencias personales al episodio revolucionario de 1930,⁴⁶ Palacio

44 Véase CARLOS S. A. SEGRETI, “Dos consideraciones sobre La década infame de José Luis Torres”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, V. 66/67, 1993-1994, pp. 69-72.

45 Para una perspectiva más general sobre la producción de Ernesto Palacio, véase INÉS SANJURJO DE DRIOLLET, “Política e Historia en la obra de Ernesto Palacio. Su visión del pasado argentino”, en *Investigaciones y Ensayos*, Nro. 51, 2001, pp. 301-332. También ELENA PIÑEIRO, *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*, Buenos Aires, AZ Editora, 1997 y FERNANDO DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

46 ERNESTO PALACIO, *Catilina*, Buenos Aires, s/e, 1935 (Buenos Aires, Editorial Dicio, 1977).

abordó algunas premisas sobre la historia y política en su libro *La historia falsificada* (1939). La obra – escrita durante los años de Ortiz – si bien no tenía menciones concretas a la política de su momento, sostuvo sí una fuerte crítica a la historia denominada “oficial”, poco útil para las nuevas generaciones a criterio del autor. Según Palacio, era necesaria una reinterpretación del pasado argentino con el objeto de que sirviese para un nuevo proyecto político y que “no se restrinja al balbuceo escolar de las enseñanzas de los maestros” sino que de “sugestiones para la acción”.⁴⁷ La obra incluía una fuerte censura a los ataques a la “ciudadanía” en los que podía derivar el régimen político entre los cuales estaba el “fraude electoral”;⁴⁸ por eso, la corrupción del orden político, enfatizaba Palacio, comenzaba con el “desconocimiento” de los deberes ciudadanos y la influencia del empleo de los medios “inmorales de la política” que provocaban “la decadencia galopante de los mismos elencos que los utilizan”.⁴⁹

Según el autor una de las soluciones plausibles estaba en adoptar el “fascismo”, más no en su “armazón autoritaria” –ya que lo que lo hacía fuerte era justamente su adhesión popular, su razón de ser–, sino su dimensión regenerativa para la “salvación pública” de la Nación. En su criterio solo un régimen popular podía ser la garantía eficaz del orden amenazado. Y concluía:

Los gobiernos que se divorcian de la opinión, que la menosprecian y la escarnece, provocan la polarización de las masas populares hacia las tendencias antisociales y comprometen el porvenir de la patria y la suerte misma de la civilización.⁵⁰

Durante julio de 1940, coincidente con el pedido de licencia de Roberto Ortiz, Palacio había editado el semanario *Nuevo Orden*. Allí en sus primeros números, el nacionalista advertía que el principal objetivo

47 ERNESTO PALACIO, *La historia falsificada*, Buenos Aires, s/e, 1939 (Buenos Aires, Peña Lillo, 1960), p. 18.

48 Ibidem, p. 60.

49 Ibidem, p. 61.

50 Ibidem, p. 72 y ss.

de la publicación era el de la lucha contra un “gobierno de gerentes de intereses antinacionales”; al que habría que anteponer, para lograr la “independencia económica”, un “gobierno popular que continuara la tradición de nuestros caudillos”.⁵¹ La publicación mantuvo una postura ideológica nítida dentro de las filas del nacionalismo, aunque en los hechos avanzó hacia un tipo “popular” y antiimperialista –llegó incluso a repudiar al ex gobernador bonaerense Manuel Fresco a quien acusaba de “cómplice de todas las entregas que vivió el país”.⁵²

La revolución nacionalista de 1943, y luego la irrupción del peronismo lo volcaron de lleno en el movimiento naciente. Es allí que luego de su participación política como diputado nacional, hacia 1954 escribió su *Historia de la Argentina*, como “primera versión revisionista orgánica del proceso histórico nacional”.⁵³ Como ha señalado Inés Sanjurjo de Driollet, la obra puso peso en lo “interpretativo” más que en una tarea propiamente de investigación y el relato histórico se construye a partir de la capacidad instrumental que tiene la historia en el campo de la política, común a todos los autores revisionistas.⁵⁴

El carácter ensayístico de la obra justificó al autor para la ausencia de referencias a fuentes primarias. En el Libro VIII, “La crisis del régimen” expuso los acontecimientos que van desde la presidencia de Roque Sáenz Peña al golpe militar de 1943. Allí, en el punto VI (La disidencia en el poder – Ortiz/Castillo) sí realizó unas breves alusiones expresas a la presidencia del antipersonalista; el capítulo se construyó sobre la dicotomía que encarnaron Ortiz y su vicepresidente Castillo: si el primero representó un intento de respetar y “no falsear” la voluntad popular, el segundo era un “hombre del régimen” y el fin de su política era anunciado.

51 PIÑEIRO, *La tradición nacionalista...*, p. 149.

52 *Nuevo Orden*, año II, N°44, 14 de mayo de 1941, en PIÑEIRO, *La tradición nacionalista...*, p. 169.

53 CATTARUZZA, “El revisionismo:..., p. 166.

54 SANJURJO, “Política e Historia..., pp. 316 y 317.

En primer lugar, Palacio vinculó a Ortiz con características como la habilidad y la astucia, y lo presenta como un mandatario atento a “los tiempos que le tocaban vivir”. Advirtió sobre el presidente:

Ducho en las intrigas de la política, había comprendido que su salvación se encontraba en seguir la línea opuesta a la del general Justo, aunque sin confesarlo paladinamente [...] Hábil en el trato, avezado en las artes de la especulación y el silencio, no adelantó nada durante su época de propaganda sobre lo que haría una vez elegido; los que votaban ni lo sospecharon, empezando por el más entusiasta de ellos.⁵⁵

Palacio también señaló que Ortiz, en los primeros tiempos de su presidencia, “no dijo nada que hiciese adivinar el futuro, salvo una que otra reflexión sobre el voto secreto que era por lo demás el tema del régimen”. El clímax del poder presidencial, entonces, fue el de marzo de 1940 cuando se decretó la intervención a la provincia de Buenos Aires, y Palacio ve allí “una nueva disposición de las fuerzas”. La fe radical de Ortiz se hizo visible y los correligionarios comenzaron a rodearlo.

Palacio también señaló que no había en el presidente diferencias sustanciales con las fuerzas conservadoras que formaban parte del gobierno y que “la única disidencia” con quienes lo habían elegido, era pues “la cuestión de la obtención leal del sufragio”. El historiador enfatizó que durante aquellos años el país “sufría con la continua falsificación de la voluntad real de su pueblo en las elecciones” y que “de la cura de ese mal provendría el debilitamiento de un estado de tensión colectiva”.⁵⁶

En el fondo, el historiador concluía que ese plan de democratización era un preanuncio de lo que vendría en un futuro no muy lejano, en un país donde “la gran depresión del espíritu público” y todas las “variedades del delito estaban sueltas y al alcance de las manos”.

55 ERNESTO PALACIO, *Historia de la Argentina, 1515-1943*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1954 (Buenos Aires, 8va. Edición, 1975), p. 392.

56 *Ibidem*, p. 393.

José María Rosa: Ortiz, un radical orgánico “ma non troppo”

El último historiador revisionista que analizaremos es José María Rosa. Este abogado perteneciente a una familia de importante trayectoria política, tuvo una formación liberal en su juventud, aunque durante los años treinta derivó hacia posiciones revisionistas sobre el pasado argentino, rescatando en particular la figura de Juan Manuel de Rosas. Fue fundador del Instituto de Estudios Federalistas en la provincia de Santa Fe, y luego frecuentó el recientemente creado Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas.⁵⁷

Hacia fines de la década, paralelamente a la labor docente, fue funcionario del gobierno de Manuel Iriondo. Allí fue designado subsecretario de Gobierno del ministro Severo Gómez, en los momentos en que el presidente Ortiz ocupaba la primera magistratura. Como han señalado Darío Macor y Susana Piazzesi para el caso santafesino, el gobierno antipersonalista fue clave en la estrategia del presidente Agustín P. Justo para controlar la sucesión presidencial, y las prácticas fraudulentas en materia electoral tuvieron allí un escenario privilegiado.⁵⁸ Sin embargo, el alejamiento de Rosa del ministerio de Gobierno no se debió tanto a una decisión ética contra la malversación de la voluntad popular sino a una polémica en torno al centenario del fusilamiento del caudillo local Domingo Cullen.⁵⁹

Como han señalado Fernando Devoto y Nora Pagano, la trayectoria de Rosa presentó semejanzas a la de su padre, transitando desde un liberalismo reformista al conservadurismo, y desde allí a un nacionalismo

57 Para un bosquejo biográfico, véase ENRIQUE MANSON, *José María Rosa. El historiador del pueblo*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus, 2007. También PABLO HERNÁNDEZ, *Conversaciones con José M. Rosa*, Buenos Aires, Colihue/Hachette, 1978.

58 A modo exploratorio sobre el caso santafesino, véase: DARÍO MACOR y SUSANA PIAZZESI, “La cuestión de la legitimidad en la construcción del poder en la Argentina de los años treinta”, en *Cuadernos Sur Historia*, N. 34, Bahía Blanca, 2005; y “Organizaciones partidarias, elecciones y elites políticas. Santa Fe (Argentina), 1930-1943” en *Boletín Americanista*, Año LVII, N°57, Barcelona, 2007, pp. 107-132.

59 MANSON, *José María Rosa...*, p. 68.

“singular” que en años posteriores lo definirá en el “campo nacional y popular”.⁶⁰ Con un énfasis particular en la historia de mediados del siglo XIX, la “pérdida de la independencia económica” fue un tema clave en su producción historiográfica.⁶¹

La vinculación posterior de Rosa con el fenómeno peronista y la compleja dinámica intelectual y política de los años sesenta y setenta, lo colocan también en un diálogo fluido e interacción constante con sectores de la izquierda nacional como Jorge Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós, entre muchos otros. Hacia 1964 salen los primeros cinco tomos de la *Historia Argentina*, que completarían ocho tomos más en los próximos veinte años.

En 1985, a los 79 años de edad, publica el tomo XII (“La década infame”) de *Historia Argentina* y es recién durante aquellos años cuando avanza una visión sistemática en el análisis de la figura de Ortiz, periodizando su presidencia y remitiendo importante información sobre su accionar político. El capítulo dedicado a la gestión de Ortiz (1938-1940) fue construido esencialmente en base a las obras de Félix Luna (*Ortiz: reportaje a la Argentina opulenta*, 1979) y el clásico de Robert Potash sobre el período (*Ejército y política de la Argentina*, 1971) y carece prácticamente de fuentes primarias (con excepción de las citas a las memorias de Federico Pinedo). Sólo están referenciadas una serie de entrevistas del Archivo de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella remitidas y citadas desde la obra de Luna y otros documentos de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* de Jorge Abelardo Ramos.

Una de las primeras apreciaciones que Rosa señaló de la figura de Ortiz es que su candidatura presidencial fue anunciada “en susurros” por Justo “desde la muerte del general Rodríguez, a principios de 1936 y [...] que no provocó alegría ni pesar en los demócratas nacionales” ya que, según el historiador, “eran cosas reservadas a Justo y no les correspondía juzgarlas”.⁶² Advertía que para Justo y los conservadores

60 Véase FERNANDO DEVOTO y NORA PAGANO, *Historia de la...*, pp. 254 y ss.

61 Ibidem, p. 259.

62 JOSÉ MARÍA ROSA, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Oriente SA, Tomo

“el candidato no importaba; lo que importaba es que siguiera la política empezada en 1932”, como una característica propia del sistema vigente de la restauración conservadora.

Rosa también apuntaba a que Ortiz era —en principio— alguien más dócil que el otro antipersonalista “presidenciable”, el entonces ministro del Interior, Leopoldo Melo. Justo y Ortiz, que habían sido ministros de Alvear, mantenían con éste una amistad que llegaba a la confianza; y Ortiz serviría de “puente” entre ambos presidentes cuando sus caminos se dividieron. Rosa aludía también a que Ortiz era “orgánicamente un radical de principios” y que estaba alejado por igual de lo que llamaba “el *peludismo* y de los propósitos reformadores de Uriburu”.⁶³

Rosa destacó que Ortiz, pese a “repudiar el fraude” por su militancia en el radicalismo, también fue ministro en sus “horas más intensas” y aceptó una candidatura que debía imponerse por ese medio.⁶⁴ También consideró que estuvo de acuerdo con los objetivos iniciales de Justo orientados a “formar una nueva fuerza política y a trabajar para su reelección”, aunque los sucesos del año 1938 —en particular la intervención a San Juan— permitieron conjeturar su alejamiento respecto a ciertas directivas del presidente saliente.

Dos cuestiones centrales que destacó Rosa para el período fueron las relaciones entre el presidente y el Ejército y la dimensión de la política exterior. Sobre el primer punto, el abordaje no fue innovador, sino que siguió las premisas establecidas años antes por Potash, rescatando el fuerte carácter “militarista” que mantuvo Ortiz por su alianza con sectores profesionales del Ejército, además de alentar el desplazamiento de oficiales nacionalistas, promoviendo al mismo tiempo a aquellos militares de opinión liberal e incluso “radical”.⁶⁵ La política exterior, por el otro lado, fue abordada desde las conferencias internacionales que se suscitaban durante aquellos años, y desde una clara prédica “antiimperialista” enfatizando, según el autor, la deuda que los lineamientos

XII, “La década infame 1932-1943”, 1985, p. 171.

63 Ibidem, p. 170.

64 Ibidem, p. 180.

65 Ibidem, pp. 186 y ss.

diplomáticos argentinos tuvieron a las influencias de los capitales británicos y norteamericanos.⁶⁶

Sin embargo, Rosa revalorizará –al igual que Palacio– el plan de normalización que encaró Ortiz, señalando el rol clave que tuvieron las intervenciones federales de las provincias de Catamarca y Buenos Aires. Estos intentos fueron quizás los más claros que el presidente antipersonalista encaró para sanear las prácticas electorales. Rosa aludió a Ortiz y su ministro de Guerra, el general Carlos Márquez, como “ídolos del radicalismo” en el momento en que los propósitos del Ejecutivo se hicieron visibles.⁶⁷ La “vuelta de la hora radical” y el consecuente desmantelamiento del aparato conservador, significaba un fuerte avance en este sentido. De hecho, coincidió con algunos autores anteriores, sobre todo siguiendo los lineamientos de Félix Luna, en que el rápido estallido del escándalo por las ventas de tierras de El Palomar fue, en el fondo, una maniobra que desde el Senado de la Nación pergeñaron los elementos conservadores –apuntalados por una denuncia de Fresco–, y en la que Justo estuvo presente.

Ahora bien, si Rosa rescata este plan de normalización institucional que encaró Ortiz, discutió los motivos que llevaron al presidente “diabético” a encararlos. Una larga cita de una columna de Raúl Scalabrini Ortiz del año 1939, extraída de la obra de Jorge Abelardo Ramos, presenta la conclusión que Rosa expone sobre los verdaderos móviles de esta apertura:

Sobre la República Argentina se cierne una amenaza fatal: la intervención en el conflicto europeo. Basta analizar [...] las ventajas que Gran Bretaña obtendría con nuestra participación en la guerra a su lado para convencerse que su diplomacia, diestra como ninguna en la conjunción de compromisos, está trabajando fervorosamente para que nuestra intervención sea efectiva cuanto antes [...] Para ir a la guerra es necesario que el Gobierno sea excepcionalmente fuerte. El radicalismo puede dar a nuestro Gobierno esa fuerza que le falta. Nosotros, que somos sus vícti-

66 Ibidem, “La Unidad del hemisferio”, pp. 193 y ss.

67 Ibidem, p. 222.

mas, damos nuestro homenaje de admiración a la astucia de la diplomacia británica. Con magnífica pulcritud nos ofrece un canje: la normalización democrática en el país a cambio de la ayuda en la guerra de Europa.⁶⁸

En el fondo, según Rosa, inscripto en la retórica revisionista, la dimensión económica y la dependencia estructural del capitalismo argentino respecto del mundo avanzado no fueron factores accesorios para definir los móviles de la apertura electoral, sino más bien determinantes. El supuesto “avance nazi”⁶⁹ en la Argentina y la clara filiación del presidente como “abogado de intereses británicos”, como alguna vez lo definió Ramos, fue central para determinar los verdaderos motivos y alcances de este proceso de democratización. En suma, dirá Rosa, mientras el conflicto europeo avanzaba, “cipayos y fascistas criollos creían luchar por ideales trompeándose en las calles por Ortiz y contra Ortiz”.⁷⁰

A manera de conclusión

A lo largo de estas páginas hemos intentado recorrer los principales argumentos que tres autores revisionistas (Torres, Palacio, Rosa), en distintos contextos históricos, plantearon sobre el presidente Ortiz y su

68 *Reconquista*, 25 de diciembre de 1939, transcripto por Jorge Abelardo Ramos y citado por ROSA, *Historia Argentina...*, p. 212.

69 *Ibidem*. Abordados en el punto IV, “Tensiones (mayo a julio de 1940)”, pp. 213 y ss.

70 *Ibidem*, p. 236. Félix Weil, años antes, había manifestado sobre el plan de apertura política de Ortiz: “Los líderes radicales tenían razón en sospechar que Ortiz estaba usando una pantalla de humo democrática verbal para propósitos propios; que él no tenía intenciones reales de permitir elecciones nacionales honestas”; y sobre su pedido de licencia: “El incidente de Ortiz es característico de lo quijotesco de la situación argentina: la realización de la democracia que llegó casi al alcance del pueblo, dependía no de una expresión de su voluntad o de sus esfuerzos sino de tal mera suerte como del porcentaje de azúcar en el cuerpo diabético de un presidente”, FÉLIX WEIL, *Argentina Riddle*, s/d, 1944 (*El Enigma argentino*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2010), p. 102.

proyecto político. La evaluación historiográfica a la que éstos llegaron no fue homogénea, aunque muchos puntos de contacto pueden encontrarse entre ellos.

Los tres escritores (un periodista y dos historiadores) fueron protagonistas de aquellos años y vivieron el período comprendido entre 1938 y 1942; sin embargo, la naturaleza de las obras analizadas es distinta: el tono periodístico de los escritos de Torres –aunque con buena apertura a las fuentes documentales– no es comparable a la erudición con la que abordan el período Palacio y Rosa, dos historiadores con vasta formación, pese al estilo ensayístico del primero y a las referencias a bibliografía secundaria (y carente de una investigación propia) que hace el segundo.

A su vez, Rosa y Palacio escribieron sobre aquellos años dentro de grandes compilaciones de sus *Historia de la Argentina* y el período “década infame”, en ambos casos, fue funcional a una revalorización del fenómeno peronista. Allí, la experiencia democratizadora de Ortiz estuvo desvirtuada por la revolución popular que encarnará el general Juan Domingo Perón a partir de 1945.

Los tres autores tuvieron compromisos políticos definidos. Aunque quizás, los escritos analizados más cargados de politicidad y polémica hayan sido de José Luis Torres. Allí, el periodista expone argumentos que apuntan a atacar a distintos adversarios y dejan al descubierto la finalidad de su obra: polemizar y denunciar. Las obras de Palacio y Rosa, por otro lado, llevan implícita una visión parcial de la historia argentina, e incluso responden a una dinámica particular que tiene la historia en relación con la política. En este sentido, el quehacer histórico se subordina ante identidades políticas definidas desde las cuales se reescriben –con carga valorativa– los hechos del pasado.

Por último, si en las páginas de Torres el programa de democratización política de Ortiz está ausente, Rosa y Palacio lo revalorizarán. Ambos, pese a la funcionalidad política del término “década infame”, dedican un apartado en sus historias a la presidencia de Ortiz –abordado más extensamente y con detalle por José María Rosa que por Ernesto Palacio– aunque difieren en los móviles de esta apertura. Si para Pala-

cio, Ortiz era un preanuncio del peronismo y de la vuelta de la “voluntad popular” durante ese período, para Rosa, influido por las lecturas de Raúl Scalabrini Ortiz y Jorge Abelardo Ramos, la apertura “ortizista” tenía olor británico. En este sentido, el conflicto internacional de la Segunda Guerra hizo primero que fuese instrumental la neutralidad de la Argentina para el capitalismo avanzado, pero luego, ante el avance nazi y la posible penetración de éste en el territorio argentino, el consenso internacional presionó a las elites dirigentes locales para que el país ingresara rápidamente al bando aliado.

En los tres autores revisionistas, el relato histórico estuvo subordinado a la funcionalidad política y fue instrumental a ella, y a las trayectorias que cada uno tuvo en la vida nacional; y por ello, el presidente “diabético” solo fue un breve lapso dentro de una idea de “continuidad y unidad de la historia” argentina, desde el comienzo hasta el fin. *é*